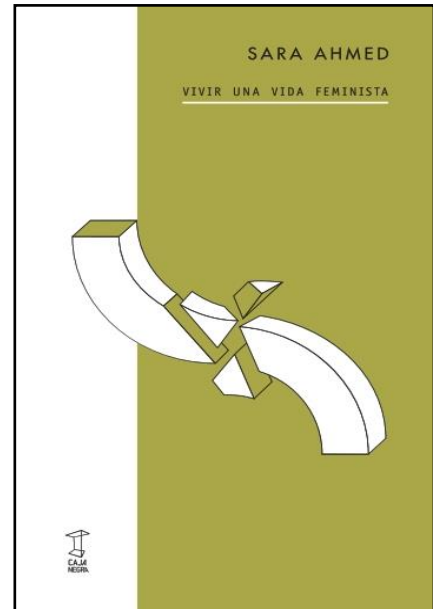




Cermelo, Agustina. "Reseña bibliográfica: Sara Ahmed, *Vivir una vida feminista*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2022, vol. 11, n° 24, pp. 195-197

Sara Ahmed
Vivir una vida feminista
Traducción de Tamara Tenenbaum
Buenos Aires
Caja Negra
2021
474 pp.



Agustina Cermelo¹

Recibido: 05/11/2021 || Aprobado: 20/02/2021 || Publicado: 21/03/2022

La presente edición de *Vivir una vida feminista* –publicado por primera vez en 2017–, de Sara Ahmed llega al país de la mano de la editorial Caja Negra y cuenta con la traducción de la escritora y periodista Tamara Tenenbaum. La autora se posiciona como narradora en primera persona de un texto en el cual la teoría feminista nutre a lo cotidiano. Así, se irán hilando diversas ideas, teorías y conceptos que entran una mirada íntima, no obstante pública y con sustento teórico, de lo que significa ser feminista y vivir como tal. Lo atractivo del texto es que no solo se pone en juego un pensamiento académico y crítico para construir conocimiento, sino que también se entrecruzan –no azarosamente–

diversas experiencias personales. Estas, a modo de anécdotas, traccionan los temas que se desarrollarán en el libro. De tal forma, Ahmed cumple con uno de los propósitos centrales de su trabajo: volver acción la teoría, traerla a casa.

El libro comienza con un prólogo, en el cual la traductora vuelca su propia lectura del texto, resalta conceptos y recupera una premisa fundamental que sobrevuela todo el libro: vivir una vida feminista supone entender lo dolorosa que es la existencia en la sociedad “en un mundo no feminista y antifeminista” (20), sin perder la convicción de que hay mucho por hacer. En la infelicidad es donde siempre se habitará, con las herramientas que cada persona vaya adquiriendo y que le permitirán no perder la esperanza. Seguido de este apartado, se encuentra la introducción que realiza la propia Ahmed, en la que presenta el proyecto teórico y político que impulsa la

¹ Estudiante avanzada del Profesorado y la Licenciatura en Letras (UNMDP). Contacto: aguscermelo@gmail.com

escritura, así como características de su trayectoria y personalidad que contribuyen a construir la propuesta integral, desarrollada exhaustivamente capítulo a capítulo.

El texto se organiza en tres partes: en primer lugar, “Hacerse feminista”, en la cual se indaga sobre las experiencias personales de padecimiento y tensión en relación con el sexismo. De aquí se desprende la idea de que el proceso de crecimiento de las infancias se da mediante mecanismos violentos que enseñan a someterse para anular la propia voluntad: “El pasado se vuelve pesado. Todas tenemos distintas biografías de violencia, enredadas entre muchos aspectos de nosotras mismas: cosas que pasan por cómo nos ven y por cómo no nos ven. Encuentras una manera de contar lo que sucede, de vivir con lo que sucede” (58). En segundo lugar, la sección “Trabajo con la diversidad”, en la cual Ahmed vuelve sobre su experiencia como agente de diversidad y también sobre entrevistas a diferentes agentes en universidades. Esta labor supone que personas especializadas en perspectiva de género se encarguen de intervenir en una institución, para promover y gestionar un espacio más igualitario. Teniendo en cuenta la complejidad de este trabajo y las limitaciones que se le presentan, la escritora llega a la conclusión de que este tipo de puestos en el ámbito académico solo conllevan cambios “estéticos”. A su vez, estos se utilizan por las instituciones como una fachada, que se acomoda hacia el exterior sin realizar cambios estructurales. Como ejemplo, entra en juego un hecho clave de su propia biografía: la renuncia a su cargo docente en la Universidad de Goldsmiths como protesta por la complicidad institucional ante los casos de acoso sexual. Dice Ahmed: “El objetivo es que pensar sobre la igualdad y la diversidad se vuelva automático; quienes trabajan sobre la diversidad deben ser persistentes porque esta automaticidad no se da sola. La persistencia se convierte en un requisito profesional” (180). “Vivir con las consecuencias” es el tercer apartado, en el que la autora reflexiona sobre el concep-

to de *fragilidad* y lo relaciona con las dinámicas de poder existentes en la configuración de la sociedad. Fragilidad es el desgaste que trae consigo la necesidad de volverse voluntariosa, para poder sobrevivir como aguafiestas, concepto clave que se definirá más adelante. Pero también es el impulso que lleva al movimiento feminista a quebrar con los vínculos que sostienen relaciones de poder sexistas y racistas en la vida cotidiana: “Podríamos pensar en la historia del feminismo como una historia de mujeres propensas al quiebre. Tal vez entonces nos preguntaríamos cómo lo que sale de nuestras propias bocas cuenta esa misma historia” (335). A modo de conclusiones se incluye sobre el final un “Kit de supervivencia feminista” como “una forma de autocuidado feminista” (414) para sobrevivir individualmente, pero también para que ello contribuya a sostener el feminismo de manera colectiva. Finalmente, Ahmed escribe un “Manifiesto aguafiestas” –en el cual se reivindica y se revaloriza la figura de la feminista aguafiestas–, un posicionamiento político que sintetiza las líneas generales del libro y se resume en diez principios fundamentales.

En relación con la lectura general del texto, puede decirse que como eje central hay una idea clara, devenida en propuesta y desarrollada con ímpetu y aplomo: es necesario hacerse cargo de lo que significa ser feminista. Esto es militar el feminismo y asumirlo aun en los ámbitos más íntimos y cotidianos, en los pequeños detalles y en las situaciones menos trascendentales de la existencia. Es aceptar un compromiso vital, es plantarse constantemente frente a las injusticias. En palabras de la autora es “convertirse en un problema” (81) frente a muchas personas e instituciones. Por esto mismo, resulta tan significativa la figura de la feminista aguafiestas, que no tiene problema en ser quien se encarga de “estropear las cosas” en todas esas situaciones en las que no se puede intervenir sino con una crítica cargada de perspectiva de género. Y esto último debe estar entre comillas ya que Ahmed consi-

dera que el concepto de arruinar, de estropear es lo que siempre ha identificado a las feministas y es lo que sin dudas se debe resignificar. El aspecto negativo que detecta asociado al feminismo se va a dotar de un nuevo valor, que lo recupera como positivo. Asumir ser quien detecte la injusticia y la esponja es lo que vuelve aguafiestas a la feminista, y es lo que hace que aparezca otro concepto clave: el de la mujer voluntariosa. Esta palabra tiene dos acepciones posibles: por un lado, la que porta una carga social positiva y se define como quien hace algo con deseo y voluntad; por otro, la palabra tradicionalmente investida de significado negativo, como la persona que pretende hacer siempre su voluntad. Esta apropiación es una forma de expresar que –al menos desde su individualidad– está dispuesta a ser juzgada como una molestia con el fin de exponer un problema y encontrar su solución.

Algo por demás interesante es que la autora, a lo largo de todo el texto, construye una biblioteca personal que comparte con el lector. Estas lecturas van conformando una posible genealogía de autoras –ya que deliberadamente son pocos los autores hombres, cis heterosexuales– la cual se ofrece como herramienta, y se sintetizará a consciencia en el apartado que integra el kit de supervivencia feminista en el “Ítem 1: libros”. A medida que se avanza con la lectura, se va registrando que estos libros no son exclusivamente teóricos, sino también literarios: “Citar es construir memoria feminista” (46). Estas no solo son citas productivas para pensar el feminismo desde el ámbito académico, sino también para pensarlo en los momentos más cotidianos de la vida.

Los modos de enunciación puestos en juego sugieren una búsqueda de cercanía al lector. Esto es lo que se observa con el uso de la primera persona del singular, con la cual se cuentan historias sin reglas tan estrictas, estas últimas muchas veces impuestas por la debida impersonalidad de la escritura académica. Gracias a que la narración tiene este tono intimista, se ve el

interés de Ahmed por salir del lenguaje puramente académico para ir más allá y acceder al interior de la realidad individual. Así, logra mostrar cómo la experiencia personal es colectiva, reafirmando el ya clásico enunciado de Kate Millet, devenido en consigna, “lo personal es político”. De acuerdo con Tenenbaum, esta forma de escribir responde a un proyecto político y epistemológico: “Aunque *Vivir una vida feminista* sea quizás el más personal de sus libros, esta voluntad de permanecer al ras del mundo y los argumentos que la respaldan pueden leerse en toda su obra” (12). Por otra parte, también debe mencionarse otra estrategia valiosa: además del mencionado empleo de la primera persona, hay un uso deliberado de la segunda en singular. En este caso, para referirse a la propia experiencia como forma posible de rescatar vivencias que la marcaron, y así traer al presente de la escritura diversos hechos traumáticos. Dice la autora: “Al escribir estas experiencias, tuve la necesidad de dirigirme a mí misma con una segunda persona, a veces, y otras veces con una primera. Puede que este cambio sea necesario para poner algo en palabras: cómo la violencia puede alienarnos de nosotras mismas” (59).

La propuesta de Sara Ahmed está lejos de ser un manual sobre cómo vivir una vida feminista. No hay intención de enseñar, sino de reflexionar acerca de ello. El libro es una invitación a pensar cómo es llevar una vida feminista, partiendo desde la experiencia personal que indefectiblemente se vuelve compartida. No hay demagogia sino, por el contrario, hay una meditación constante asentada en su conocimiento de causa. La autora es clara, directa y honesta, con la crudeza y la agudeza justa para dar en el blanco de las problemáticas que atraviesan a la sociedad. No duda en exponer su propia fragilidad, con la cual argumenta a favor de la construcción de una realidad en la que el feminismo brote de los resquicios más pequeños.